

DOS ELECCIONES Y UN SISTEMA

DOS elecciones —la del «land» de Hesse, en la República Federal de Alemania, el domingo pasado, y las de «medio término» en los Estados Unidos, el 3 de este mes— han producido el mismo curioso final: cada uno de los grupos que se enfrentaban en ellas han proclamado su triunfo. Podría suponerse que la política ha llegado a un punto ideal en el que ya nadie pierde si no se sospechara algo más grave, y es que todos están insatisfechos y, aun algo peor, que las manipulaciones del lenguaje y de los equilibrios de la democracia supuesta han conseguido ya falsear enteramente las situaciones.

ES posible que la subversión del lenguaje ejercida desde los poderes tenga raíces muy antiguas —«Gobernar es hacer creer», decía ya Maquiavelo—, pero las aportaciones del «agit-pro» estaliniano y la prodigiosa construcción de la propaganda política por Goebbels han sido decisivas en esta era y perfeccionadas ahora por una manipulación científica —la torsión del psicoanálisis de Freud y de los reflejos condicionados de Pavlov, la utilización de las técnicas llamadas de comunicación en forma de técnicas de percusión— hasta hacer estallar finalmente la frase y la palabra. Es probable que la inquina que aparece ahora en todas partes contra lo que se llama «los intelectuales» se dirija probablemente no contra la posición política de éstos en términos directos, sino por su profesión de obtener una diferencia entre apariencias y realidades, por su penoso y difícil esfuerzo en devolver al lenguaje su sentido unitario y su carácter de integrador de la personalidad humana.

EL equipo que asesora y da imagen a la Presidencia de los Estados Unidos ha tenido ya valiosos hallazgos en su trabajo. Toda la campaña electoral presidencial fue ya un excelente trabajo de creación de imagen, en la que se trataba de hacer ver que Nixon podía ser prácticamente todo lo contrario de lo que había sido durante su vicepresidencia con Eisenhower en la «guerra fría». La creación de la idea de «mayoría silenciosa» frente a las crecientes manifestaciones de hostilidad a la política presidencial fue otro hallazgo. Pero la idea de «mayoría silenciosa» difícilmente podía conservarse ahora después de unas elecciones en las que el partido opuesto, el demócrata, ha mejorado sustancialmente su posición, conservando la mayoría en el Senado y en el Congreso, mejorando sus posiciones en este último y, sobre todo, conquistando la mayoría de los puestos de gobernador (que antes pertenecía a los republicanos), lo cual se considera trascendental para las elecciones presidenciales de 1972. Si la «mayoría silenciosa» no ha acudido en socorro de su inventor, a pesar de la intervención directa y ruidosa de Nixon y Agnew en la campaña, con el «slogan» de «ley y orden», ¿será que no existe? A remediar esta situación se acude con nuevas y excelentes fórmulas de lenguaje. El vicepresidente Agnew acudió inmediatamente a la defensa de la situación diciendo que la política presidencial había ganado gracias a los «ajustes filosóficos» en el Senado (frase que tiene la grandeza semántica de un Goebbels anunciando las retiradas de las tropas alemanas en el frente como «avances elásticos sobre la retaguardia»); el Presidente, anunciando que se había conquistado «una mayoría de trabajo», y todo ello cuajando, en fin, en la idea de la «mayoría ideológica». Quiere significarse con esto que algunos de los senadores demócratas que han sido elegidos tienen una «filosofía» más conservadora que algunos de los que han salido. Sin embargo, parece también que algunos de los republicanos elegidos son más progresistas que aquellos a quienes han sustituido. Lo que Nixon y Agnew hacen suponer es que la composición del Senado se inclina más a la derecha que la anterior, y que algunas de las derrotas de proyectos de ley presidenciales sufridas en los dos años anteriores podrían no reproducirse ahora. No está claro. Lo que, sin embargo, sí está claro es que la fuerza del poder ejecutivo —el Presidente— sobre el legislativo —el Congreso— sigue prevaleciendo. Está claro también que Nixon no se había propuesto conseguir una «mayoría ideológica», sino una mayoría de partido, que, con vistas a las elecciones presidenciales de 1972, la posición demócrata ha mejorado (con la aparición de una «figura presidencial» como Muskie, ya marcado en las elecciones de 1968), y que su imagen presidencial se ha deteriorado con la participación agresiva en la campaña electoral, aunque la haya realizado con un excelente sentido político.

EN las elecciones parciales de Hesse se jugaba, nos decían, el destino del actual Gobierno de Alemania Federal. Se daba por descontado el triunfo del principal partido gobernante, el socialdemócrata, pero se sospechaba la derrota del partido liberal, el FDP, que forma la coalición. Podía haber obtenido menos del 5 por 100 de los votos, y

entonces, según la Constitución, no hubiese tenido derecho a mantener sus diputados en la Dieta local; como esto repercutió en el Parlamento nacional (Bundestag), la coalición de socialdemócratas y liberales que gobierna ahora por una mayoría ínfima se hubiese encontrado en minoría. No ha sido así. El pequeño partido liberal no sólo ha sobrepasado el 5 por 100 de los votos, sino que lo ha duplicado: ha conseguido el 10 por 100. Ha elevado el número de diputados en uno (tenía 10, ahora tiene 11). Los socialdemócratas han ganado también un escaño (han pasado de 52 a 53). Conservan, por lo tanto, la mayoría (64 diputados en un Parlamento de 110), y la siguen manteniendo en el Bundestag. La coalición sobrevive. Ahora bien, la democracia cristiana, a pesar de que sus esperanzas de romper la mayoría se han frustrado, considera las elecciones como un triunfo. En efecto, los escaños que ocupa ahora son 46, en lugar de los 26 que tenían hasta ahora. Parece interesante analizar este aumento de diputados. En primer lugar, el Parlamento se ha ampliado: ha pasado de 96 diputados a 110, lo cual explica que los tres partidos hayan ganado puestos, aunque no explica totalmente por qué los demócratas cristianos han ganado más que los partidos del poder. Es una explicación más importante la del beneficio que han recibido de la derrota del partido nazi (NPD), que al no alcanzar el 5 por ciento de los votos (se ha quedado en el 3), no puede colocar diputados en la Dieta. Tenía ocho y ahora no tiene ninguno; esos ocho se los ha llevado la democracia cristiana, que ha realizado una campaña electoral de extrema derecha. En esta campaña electoral se ha realizado una experiencia nueva de la democracia cristiana, la de romper la imagen de la moderación para pronunciarse como «derecha agresiva». Los teóricos del partido desaconsejaban esta actitud, pero el dirigente local ha adoptado la táctica de la radicalización, acusando de «rojos» a los miembros de la coalición gobernante y sosteniéndose sobre bases estrictamente nacionalistas (defensa de las fronteras del III Reich, denuncia de los acuerdos con Polonia y la URSS, oposición a cualquier entendimiento con la Alemania del Este), lo cual le ha permitido quedarse con los ocho escaños nazis. Al mismo tiempo, la aparición de un nuevo partido comunista alemán (el anterior estaba declarado fuera de la ley) ha restado votos a socialdemócratas y liberales (aunque en pequeña cantidad: el 1,2 por 100 de los votos, que no les dan derecho a introducir ningún diputado). Será interesante saber si a partir de ahora la democracia cristiana adoptará en todo el país esta tendencia a la «derecha agresiva» que parece haber dado tan buen resultado en Hesse, aunque los «moderados» y los «modernistas» manejen ahora la idea de que el triunfo de su partido hubiera sido real —esto es, hubiese destruido la coalición— si hubiese seguido su camino en lugar del «agresivo».

EN general, el resultado de las dos elecciones, la de Estados Unidos y la de Alemania Federal, satisface a los partidarios del «sistema» o de las nuevas formas rígidas de la democracia. La campaña de terror emitida por el partido republicano, los discursos apocalípticos del vicepresidente Agnew, las escenas callejeras en California en que se ha visto envuelto Nixon, el intento de llevar la campaña política a la defensa de la «ley y el orden» frente a las amenazas del terrorismo, los disturbios, la anarquía y el crimen, no han producido ningún resultado visible. Es decir, no han podido persuadir al electorado de que el otro partido pudiera ser el responsable de esa situación. Los resultados han sido normales y no han revelado la dureza de la campaña. Igualmente puede decirse que han sido normales los resultados de Hesse en el sentido de las tendencias del sistema: falta de interés por los partidos extremistas y una tendencia continua (aunque en este caso el partido liberal se haya mantenido) a configurar la política del país en sus sistemas de dos partidos, en el que, uno asume y reviste las principales motivaciones de la izquierda y el otro las de la derecha, aunque en un 90 por 100 al menos de sus actuaciones no haya una sensible diferencia práctica y las variaciones dependan en uno y otro caso de los grupos de presión interiores y de poderosas circunstancias exteriores. Lo mismo en Alemania Federal, que en los Estados Unidos, que en cualquier otro lugar, esto se llama «el sistema». Sus partidarios lo defienden en tanto que les parece representativo de una continuidad nacional, de una estabilidad, de una reducción de las luchas políticas a cuestiones de nombres y de matices; sus adversarios se oponen porque lo consideran destructivo de la variedad de opciones de la verdadera democracia, capaz de bloquear las ideas nuevas y carentes del estímulo de una verdadera oposición, de forma que arroja esta oposición fuera del campo de lo legal (que se identifica con el sistema).